

NOTA

¿EPICUREÍSMO CRISTIANO?

RAÚL LAVALLE*

Nos ha llamado la atención un brevísimo poema de Miguel Antonio Caro, el gran humanista y político colombiano, que se encuentra en el libro tercero de sus *Poésías latinas*¹:

Mors benefica

*Multa laborantem post curam aestumque diei
Quemlibet in lectum quam bene, Somne, vocas!
Post longum vitae pondus mortalibus aegris
Quam bene longa venit, non violanda quies!* (p. 148).

Nuestra primera sorpresa se debió a la aparente contradicción entre este “epicúreo” deseo de la muerte y la profunda religiosidad de Caro, puesta de manifiesto en muchos poemas y subrayada por el P. Daniel Restrepo en su *Prolusio*: “*At cum magna pars eius poematum in rebus religiosis versentur [...]*”².

Por otro lado, así como es fácil encontrar en el colombiano alusiones a Virgilio, Horacio y Ovidio, sólo hemos podido hallar posibles ecos de Lucrecio en

Debueram tecum venisse in luminis oras (p. 36),

donde el lector reconoce el “Himno a Venus”:

nec sine te quicquam dias in luminis oras

* UCA.

¹ Ed. José Manuel Rivas Sacconi. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1951.

² p. XXXIX de la cit. ed.

exoritur [...] (I, 22-3);

y en

*Primae frugiparos fetus mortalibus aegris
dididerunt quondam praeclaro nomine Athenae* [...] (VI, 1-2).

“*Aegri mortales*” también está en Virgilio

*Tempus erat, quo prima quies mortalibus aegris
incipit* [...] (*Aen.* II, 268-9).

Varias veces Miguel Antonio Caro expresa su agobio por las graves obligaciones que le imponía su condición de hombre de estado, y muchas veces también su deseo “estoico” de verse liberado de ellas. Por ejemplo en “*Abdicationis spes et commendatio*”, cuyo virgiliano comienzo citamos:

*Felix qui tandem potuit deponere mitram!
Dulce redire domum, totum se reddere amicis,
Filiolis iter aeternae monstrare salutis,
Mutaque sollicitae potare obliviae vitae.* (p. 75).

Pero ese ansiado descanso no era la “*nox perpetua dormienda*” de Catulo³ y de Filodemo, sino el del “*Requies desiderium*”:

*Hoc unum exopto, tandem requiescere posse;
At requiem, utcumque est, irrequietus amo.* (p. 146).

Creo que los pasajes citados ilustran bien el sentimiento del autor americano, que él mismo, guiado por la “*sancta Poesis*”⁴ había manifestado (tal vez sin pensarlo) con pensamientos que le sugería su familiaridad con los antiguos.

³ V, 6.

⁴ p. 35.